

# ¡La educación, no sea estúpido!



EL TELESCOPIO

ROMÁN  
PIÑA HOMS

ALGO parecido a este título, pero referido a la economía, le espetaba un consejero americano al político de turno para advertirle de que se dejase de zarandajas y se centrara en los problemas esenciales del país. La frasecita es más que conocida, aunque yo no la recuerde del todo. Pues bien, salvar la economía sigue siendo hoy lo importante, tanto en América como entre nosotros. Pero yo diría que para alcanzar tamaño objetivo antes habrá que repensar y resolver la educación. De ahí la gravedad de que, más allá de ponerse de acuerdo sobre el futuro de nuestras cajas de ahorros, nuestra clase política no haya sido capaz de alcanzar un pacto de Estado sobre el sistema educativo.

«Llamando comercio a la rapiña, habilidad a la corrupción, y siempre con previsiones a corto plazo...

Sabemos que nuestro Gobierno no mueve ficha en el plano económico porque está presionado por sectores que quieren que nada se mueva. En todo caso que mueva ficha el próximo en llegar a La Moncloa. Así piensa la clase gobernante, sin darse cuenta de la dimensión real del problema. Como aquel alcalde de Palma al que, siendo funcionario a sus órdenes, advertí hace cuarenta años de que las ramas secas de los plátanos del Borne podían caerse y matar a algún paseante. Su respuesta fue inmediata: «No quiero que me critiquen. Por un año que me queda de mandato, no vale la pena. Que los podes mi sucesor». Así sucedió. También ahora es posible que algunas cosas se arreglen, pero coyunturalmente, puesto que el problema va más allá: es estructural y de base. No para cambiar

todos los plátanos del borme, pero sí al menos para hacer una poda rigurosa, puesto que es radical. Gira alrededor de la mismísima concepción del hombre y de la sociedad. Por tanto es además educativo, o sea de «educere», de camino y de metas a alcanzar.

Si las cabezas rectoras –y esperemos que al mismo tiempo pensantes– no son capaces de ponerse de acuerdo sobre las líneas básicas que permiten el desarrollo del ser humano en sociedad, pues «apaga y vámonos». Más allá de formar parte de una nación –cosa que no pocos niegan– estamos en un Estado, o sea en una sociedad jurídicamente organizada, y además bajo principios democráticos. Y miren por dónde, no hemos sido capaces, como ha manifestado **Dolores de Cospedal**, enumerando las propuestas que le ha rechazado el ministro **Gabilondo**, ni tan siquiera de fijar un pacto, bien para garantizar entre comunidades autónomas enseñanzas comunes esenciales, reconocer el derecho al uso del idioma oficial del Estado como cauce de enseñanza en las comunidades bilingües, o respetar la libertad de opciones educativas y el reconocimiento del profesorado como autoridad pública. Si para esto, que parece obvio y elemental, no se entienden Gobierno y oposición, mal tenemos el futuro de este país.

En las Baleares el problema aún se hace más acuciante, puesto que estamos a la cola del rendimiento escolar. Mi colega **Jaume Sureda**, en las páginas de este mismo diario, días pasados se hacía eco de este problema, y nos llamaba la atención sobre la falta de motivación del alumnado. Le doy toda la razón, no como el riguroso pedagogo que es él, pero sí como historiador. Desde siempre, en una sociedad que todo lo compra y lo vende, el dinero considerado como un bien esencial y último, poco tiene que ver con los valores que aporta la educación. Nuestro paradigma nunca fue el sabio **Ramón Llull**, ridiculizado como el *foli o bollat*, sino el **Juan March** de turno, con apenas estudios, pero listo y aprovechado, puesto que el problema va más allá: es estructural y de base. No para cambiar

«*orelles*», conocida expresión de la ruralía mallorquina, que escuchaba el niño desde la cuna, al objeto de llegar a conformar el modelo de mallorquín espabilado, o sea del triunfador. Aún recuerdo, en los inicios de la Universidad, el gesto de asombro de uno de nuestros mejores y más bregados profesores –el chileno **Francisco Samper**– cuando me decía haber descubierto lo nunca visto: que los alumnos le pidiesen «negociar» la nota. Pues bien, desde la componenda todo es posible. Así, llamando comercio a lo que es rapiña, habilidad a lo que es corrupción, y siempre con previsiones a corto plazo, en las islas hemos edificado fortunas personales y colectivas inmensas, hechas y deshechas con poco más de una generación, bien con el corsarismo, el contrabando, la especulación urbanística o la oferta turística improvisada, siempre sin bases sólidas y nunca con la tenacidad del sacrificio continuado.

Falta motivación, enamorarse del saber

...hemos edificado fortunas personales y colectivas, hechas y deshechas en poco más de una generación»

y asumir la reflexión. En una sociedad dominada por lo práctico, sobran además las enseñanzas humanísticas, desde el primer escalón de la primaria hasta el de la universidad. La filosofía y la historia son menospreciadas. Se subvenciona el catalán en base a los intereses del nacionalismo político, e incluso se tergiversa la historia desde estos mismos intereses. Esto daría para más de un artículo periodístico. Puedo asegurarlo. Para todo un libro. Y si la ciencia histórica –de las pocas en que me siento con cierta autoridad– es silenciada y manipulada, a pesar de ser maestra de la vida, díganme cómo enderezaremos a nuestros futuros ciudadanos en el arte de repensarse como seres humanos y comunidad. Seguiremos bajo el imperio de la ganancia fácil, del «todo vale» y del «tonto el que llegue el último».



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS  
BENNÁSAR

## El sexo del lenguaje

ABRO el diario y lo extiendo sobre la mesa. Me acompañan un cigarrillo y un café humeantes –también el rumor adúltero de la calle y cierta somnolencia que intento retener conmigo hasta que huye y sé, entonces, que he perdido algo importante– mientras rebusco entre las páginas, sus líneas quebradas, sus fotografías mudas y su olor a tinta, algún atisbo de inteligencia, alguna paradoja o hecatombe que me alivie o sonroje, algún paraje donde pueda, luego, ahora, insertar mis comentarios, en el estrecho margen que va del estupor de los signos escritos al vértigo del vacío, más allá del papel y de mí mismo.

Un breve suelto retiene mi atención y eclipsa el rosario de cuentas pendientes con que la actualidad nos ofrece, a la vez, su frente y su perfil, no sé si con rigor picassiano o con lujuria cervantina. Tanto da. El caso es que el Consell ha aprobado unos cursos de lenguaje «no sexista» para sus funcionarios, rematados por una «Guía de Estilo» y un programa informático capaz de detectar los usos sexistas en la lengua escrita. Nada menos.

Ahora mismo empiezo a imaginar un lenguaje sin la intromisión colateral del sexo, un paraíso neutro de deseos y acometidas, una nube de austeridad donde la lascivia de los ángeles repose en sus lirias y se esconda en ellas. Ya oigo su música. En efecto. Sí. En cuanto me recupere del éxtasis que se me viene encima, vuelvo. O prometo intentarlo, al menos.

TRIBUNA / FRANCISCO VILLALONGA

## La bisagra británica

LAS RECIENTES elecciones en Gran Bretaña deberían ser tomadas como ejemplo por los *okupas* de la política en Baleares, aunque me temo que no va a ser así. Vayamos por partes.

Los británicos se encuentran en una situación inaudita desde 1974. Al no haber alcanzado ningún partido una mayoría absoluta, el Reino Unido va a tener que enfrentarse, durante los próximos años, a lo que los ingleses denominan «un Parlamento colgado». Ello, en la práctica, significa que el partido ganador, en este caso los 'torios' (conservadores), se van a encontrar con la necesidad de llegar a un pacto con los liberaldemócratas de **Nick Clegg** si quieren tener asegurada la mayoría del Parlamento. Esta situación es perfectamente asimilable a lo que ocurrió en nuestras últimas

elecciones autonómicas, en las que el Partido Popular fue el más votado, pero no alcanzó la mayoría absoluta. Con una pequeña diferencia: los conservadores baleares obtuvieron, en términos relativos, una victoria más amplia que sus homónimos británicos de **Cameron** al haber quedado a un solo escaño de la mayoría absoluta. Pues bien; ante esta situación, analicemos los diferentes comportamientos en ambos casos.

Nuestro teórico partido liberal y «bisagra», Unión Mallorquina, se negó a siquiera estudiar la posibilidad de llegar a un pacto con quienes habían ganado las elecciones y prefirió propiciar una entente junto con los demás partidos derrotados. Clegg, por el contrario, se ha apresurado a expresar su convicción de que corresponde a los conservadores

dar el primer paso para formar gobierno.

Por otra parte, la posición –honorable– de los laboristas británicos, representados por **Gordon Brown**, ha sido la única que podría esperarse de quienes perdie-

«El pacto en Baleares se fraguó con base únicamente en un reparto de cargos»

ron los comicios: aplicar la célebre frase «*wait and see*», al tiempo que declaraba su intención de conceder a sus adversarios **Cameron** y **Clegg** «tanto tiempo como sea necesario para negociar». En

Baleares, en cambio, los cinco partidos que representaban a la izquierda en las Islas, se apresuraron a demandar inmediatamente un pacto con UM con el objetivo único de impedir que gobernara el partido más votado. Pero si las diferencias en la forma de afrontar los resultados son significativas, las condiciones puestas sobre la mesa a la hora de negociar pactos son todavía más reveladoras.

El pacto en Baleares se fraguó con base únicamente en un reparto de cargos, instituciones y prebendas cuyos resultados eran previsibles, como el tiempo se ha encargado en demostrar. Actualmente tenemos un Parlamento que, ante los serios indicios de compra de votos en las últimas elecciones, actualmente en período de instrucción, carece de legitimidad alguna y, a pesar de ello, ni los partidos que todavía apoyan el Govern desde la expulsión de UM tienen la decencia de disolver la cámara, ni la oposición ejerce su obligación moral de presentar una moción de censura aún a costa de perderla. Todo ello adereza-

do con unos casos de corrupción que convierten en irrespirable el aire político en nuestras Islas.

Mientras, en Gran Bretaña, el principal punto a discutir de cara a un eventual pacto de legislatura, no es otro que la posibilidad de modificar el sistema electoral para conseguir hacerlo más proporcional y por tanto más democrático. Y en este aspecto el conservador **Cameron**, en principio reacio a la medida por cuestiones obvias, parece estar dispuesto a aceptar la propuesta de los liberales encabezados por **Clegg**.

Estas son, desde mi punto de vista, las diferencias entre una democracia seria y consolidada frente a la de un país tragicómico con unas fuerzas políticas que en la práctica no representan a los ciudadanos por cuanto se muestran más interesados en conservar un *status quo* que les permita seguir controlando lo que **Mario Conde** define como «el Sistema».

Francisco Villalonga es miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO/El Día de Baleares